

REPUBLICA DEL ECUADOR

TOMO XXIII } Año 23.—Octubre de 1906 } N° 156

ANALES
DE LA
UNIVERSIDAD CENTRAL

X DISCURSO PRONUNCIADO

X Sr. Dr. Dn. MANUEL EDUARDO ESCUDERO

en la apertura de la Universidad Central, para el
curso escolar de 1906 á 1907

Señor Rector de la Universidad,

Señores :

Desde la misma tribuna que ilustraron hombres de grande saber en ocasiones como la presente, verdaderamente solemnes, vengo á dirigiros la palabra, estimulado tan sólo por vuestra benevolencia, puesto que no por merecimientos propios.

A la Junta Administrativa de la Universidad Central le debo el honor de ser por vosotros escuchado: fué ella quien se dignó encomendarme el encargo de habla-

ros; y pues hállese profundamente arraigado en mi ánimo el sentimiento del deber, no habría de rehusarlo yo, ni en siendo el empeño superior á mis fuerzas.

*
* *

¿Qué consideraciones os sugiere el acto público que celebramos y al que, con vuestra presencia, dáis mayor importancia de la que reviste por sí propio?

Os habéis congregado para una fiesta en la cual, á la vez que se van á discernir á los alumnos estudiosos las recompensas de que se hicieran merecedores en el anterior año escolar, se inaugura un nuevo año de enseñanza; y es natural pretender que, en la hora presente, vuestro pensamiento tienda á inquirir las infinitas relaciones que en el orden social como en el orden político, han de originarse en lo futuro como necesaria consecuencia de la cultura que, entre nosotros, alcanza la educación; es obvio presumir que os estáis meditando sobre las nuevas influencias que en la vida del porvenir habrá de causar esta distinguida generación estudiantil que, no de la esperanza del premio sino de las energías de su alma, recibe el generoso impulso que ha de traerla bien presto á encumbrada esfera de actividad intelectual.

Y puesto que de abrir campo á esa actividad habrá ella menester, permitidme, señores, que yo le presente desde ahora puntos de consideración á los que pueda aplicarse en breve; permitidme que discurra, siquiera sea someramente, sobre los ideales de la educación moderna que se encamina, si decirlo no es un dislate, á la reconstitución moral del hombre, mediante el arte de ejercitar sus facultades de manera que vayan á la conquista del bien, sin que las humanas pasiones sean obstáculos insuperables.

*
* *

Educación, instrucción, civilización, son voces con las que enunciamos ideas entre sí distintas, aunque en el

lenguaje común suelen tomarse en sentido semejante, por ciertas relaciones que cada una de ellas guarda con las otras. Resolvamos, pues, en pensamientos dihas voces, de modo que no incurramos en el caso de usarlas indebidamente; mas no apuntemos definiciones de esos términos, bastándonos concebir el significado que más propiamente les corresponda.

Decimos hombre educado á aquel cuyas facultades intelectuales y morales han sido desde muy temprano cultivadas, disponiéndolas para las altas investigaciones de la verdad, como para la práctica del bien en la vida.

Instruída llamamos á la persona en quien lucen, en mayor ó menor grado, profundos conocimientos, sea en un sólo orden de ideas, ó en más de un orden de ellas.

Y civilizado, según el léxico, es el individuo que de la rudeza natural viene al primor, elegancia y dulzura de voces, usos y costumbres propias de gente culta.

Detengámonos un momento en examinar este último punto.

Al hablar de civilización exponemos una idea esencialmente relativa: nos referimos, en el sentido más general, al grado que, en la escala de su perfeccionamiento alcanza la humanidad; y damos también el nombre de civilizado á un país, cuando sabemos de la cultura de sus instituciones y de sus formas constitucionales. Restringimos algo el sentido de ese término, y el atributo de la civilización se lo damos á un pueblo cuyos vínculos sociales, lejos de relajarse por los dictados del egoísmo personal, se hacen más estrechos en virtud de la suprema razón del bienestar público. Pero aún podemos aplicar esa idea á un ser meramente imaginario en el cual se resumen las cualidades peculiares, los caracteres principales de una sociedad: es el tipo social; y entonces este ser imaginario, eminentemente complejo, formado como por concreción—si toleráis la palabra—puede también denominarse civilizado.

Cumple, pues, á mi propósito preocuparme con el tipo social civilizado y averiguar si en la organización de las actuales sociedades se ha realizado el ideal de la cul-

tura humana, puesto caso que, si bien es cierto que sorprende el nivel de civilización á que ha arribado el hombre en la era moderna, no lo es menos el que á la humanidad no le han sido aún ni le serán quizás, señalados los límites para su desenvolvimiento.

No vengamos hasta la época presente desde los tiempos prehistóricos que las ciencias propónense reconstruir; no vengamos hasta este siglo desde la edad de la piedra en cuyos períodos la naciente actividad humana ha dejado imborrables huellas así de su industria como de sus sentimientos artísticos; ni nos sirvamos por ahora del auxilio de la Historia para abrir juicio sobre la vida del pasado y comparar pueblos con pueblos en punto á la cultura que lograron: simplemente afirmemos que la humanidad ha hecho el largo peregrinaje, á través de miríadas de años, sin haber perdido de vista los fines de su mejoramiento. Ni deduzcamos tampoco que el hombre ha degenerado, cuando recordemos de razas que se extinguieron, de grandes imperios que tocaron á su disolución, de hecatombes de prisioneros consumadas por las tribus vencedoras, de sacrificios de esclavos en los funerales de sus dueños, de máquinas de tormento para los delincuentes políticos, ni de refinadas torturas para los reos de herejía, nó; depongamos el sentimiento de angustia, de horror, al juzgar de hechos tales, y admiremos mas bien el grandioso concierto de las energías humanas, cuyo desarrollo, según natural evolución, ha sido impulsado por sabias aunque dolorosas experiencias.

*
* *

“Toda cultura se propone la formación de un tipo definitivo y estable que ya no cambia, sino *que es*, sin poder ser de otro modo que como es,” dice un sabio educador alemán. Conviene, pues, que conozcamos ante todo el grado de cultura de las actuales sociedades, para ver de fijar con la precisión posible lo que ha de entenderse por un tipo social estable.

A la idea que concebimos cuando hablamos de pueblos civilizados, oponemos tácitamente otra idea: la de pueblos salvajes; y mientras atribuimos á los primeros grande capacidad para ajustar su conducta á los más elevados sentimientos humanos, nos asombramos de la escasa aptitud de los últimos para obrar del propio modo; y mientras aseguramos que aquellos se gobiernan con el freno de la moral, de la verdad, de la justicia, en sus más altas concepciones, admitimos sin reparo alguno que éstos no solamente carecen de toda noción sobre esos principios, sino que proclaman con sus usos y costumbres el imperio de los vicios, el imperio de las bajas pasiones.

Empero, ¿estaremos en lo cierto, según es nuestra manera de apreciarlas, respecto á las profundas diferencias que suponemos alejan tanto á los pueblos civilizados de los pueblos salvajes? No podemos responder á esta pregunta con una afirmación ni con una negación categóricas; y así nos incumbe mas bien traer á la mente algunos de los numerosos hechos que de la observación se desprenden, acerca del estado de espíritu en pueblos salvajes ó semibárbaros de índole varia y de razas diferentes.

“A los africanos orientales les es desconocida la conciencia acusadora; y el único temor después de haber cometido un asesinato á traición es el de que les persiga el espíritu irritado del muerto.” “A los niños zulús, apenas llegados á edad temprana, tal es la ley que se les permitiría matar á sus madres, si sus madres intentaran castigarles.” “Los damaras matan á la gente inútil y gastada; los hijos ahogan á sus padres enfermos.” “Para los fidjianos el derramamiento de sangre no es un crimen sino gloria; el ser algo así como un asesino reconocido, tal es el objeto de la inquieta ambición del fidjiano.” “Entre los biluchis se erigía en cada campo una pequeña torre de barro donde el poseor y sus criados guardaban su producto para ponerlo á recaudo de los predatorios instintos de sus vecinos.”

Si con pueblos como los que citados quedan com-

paramos no ya los del continente europeo en los que, por regla general la civilización toca á encumbrado nivel, sino los que ha poco han despertado á la vida de la cultura, obvio es que aquellas diferencias queden remarcadas sin que sea menester ponderarlas con imágenes por la fantasía sugeridas; pero no es cosa para pasada por alto, el hecho de encontrar en alguno de esos pueblos, á ejemplo traídos, formas de organización política bien complicadas, sistemas nuevos de cultivo para labrar la tierra, é industrias cuyo desarrollo acusa, sensiblemente, progreso.

Spencer, de quien hemos tomado las citas anteriores, consultando hechos de naturaleza contraria á los que acabamos de enumerar, dice lo siguiente.

“Entre las tribus montañosas de la India, compuestas de razas ó restos de razas primitivas, los todas consideran la mentira como el peor de los vicios. . . .” “no se ha visto otro pueblo civilizado ó salvaje (el de los todas) que respete más religiosamente los derechos de lo mío y de lo tuyo. . . .” “Los gondos presentan, como muchas otras tribus salvajes, dotes singulares de veracidad y de honradez. . . .” “Para los khondos negar una deuda se considera como un acto altamente culpable, pues se debe hacer cesión de todo á los acreedores. . . .” “Los lepchas son prodigiosamente honrados; el robo es muy raro entre ellos y tienen muy arraigado el sentido del deber.” “Los bodos y los dhimales son honrados y veraces en actos y palabras; y además están llenos de cualidades simpáticas” “Los santalas son los hombres más veraces, y muy sociables; y aunque cada uno de los dos sexos es muy aficionado al trato con el otro, las mujeres son extraordinariamente castas.” “Entre los chacmas es raro el crimen, casi desconocido el robo. . . .” “Los aborígenes del carnático dan muestras de una abnegación extraordinaria y casi conmovedora con los que se fían en su honor; es notable su lealtad, su veracidad y su honradez” “En unas pocas tribus orientales se practican las virtudes que las naciones occidentales, á las que se llama cristianas, no hacen más que enseñar. . . .” “Entre los jacunos de la península malaya meridional ja-

más se ha sabido que hayan robado cosa alguna, ni aun la más insignificante bagatela. . . .” “Entre los hos del Himalaya un reproche acerca de la veracidad ú honradez de un hombre, puede bastar para inducirle á que se suicide.”

¿Qué diremos ahora de las diferencias entre pueblos civilizados y pueblos salvajes? Spencer, después de analizar estos hechos, concluye, en su censura de la ética de Kant, con estas palabras:—“En el respecto de la conciencia estos pueblos incivilizados son tan superiores al término medio de los europeos, como éste es superior á los salvajes brutales descritos antes.”

Mansedumbre, veracidad, honradez, lealtad, abnegación, sociabilidad, sentido muy vivo del deber, ¿puede, acaso, desearse algo más, Señores, para fundar pueblos modelos en los que el orden social resplandezca con divinos fulgores? Sentimientos aquellos, que revelan altísimo concepto de moral, de justicia, en pueblos á los cuales falta el llamarse civilizados para comenzar á serlo de verdad; en pueblos donde tal vez el convencionalismo del siglo sembraría vicios á cambio de virtudes, de esas virtudes que les son peculiares, innatas diríamos si no creyésemos que son por ellos sencilla, candorosamente fomentadas.

Admitido que en el hombre los resortes de la pasión sean más poderosos que los consejos del entendimiento, no se nos alcanza cómo ha de ser bueno, sino es de los que pueblan aquellas regiones del globo en donde hay escuelas y hay cárceles; cómo ha de ser justo, sino en donde ha de dársele, mal de su grado, administrada la justicia en nombre de la comunidad; cómo ha de ser veraz, sino en donde debe disimular la mentira con falsas apariencias de verdad; cómo ha de ser recto en sus proceder, leal en sus compromisos, sino en donde la espada del verdugo ha de caerle encima, si se aparta del camino que las leyes abren para que el bienestar del uno no se erija sobre las ruinas de la comodidad del otro.

*
* *

Según la teoría evolucionista, el desarrollo de las facultades activas de los seres sensibles reconoce como causa la lucha por la existencia. La perfectibilidad de las innumerables especies de seres desde los de organización más simple hasta los de la más compleja, supone el aniquilamiento de las inferiores y la supervivencia de las más aptas para la formación de tipos superiores en los varios órdenes de la Naturaleza. A la misma ley se ha estado sometido el hombre si aceptamos, como debemos aceptar, el elocuente testimonio de las ciencias que, según el decir de un erudito profesor de Antropología “penetran en las espaciosas salas de ese museo que existe en las capas superficiales del planeta que pisamos, y que están llenas de los recuerdos que dejaron en su tránsito las generaciones que les fueron contemporáneas.”

Comparad, sino, los caracteres fisiológicos de las razas que preexistieron á la Historia, con los restos de razas primitivas que aún sobreviven y advertiréis notables desemejanzas; comparadlos también, no ya entre las primeras y las que van camino de extinguirse, sino entre aquellas de las de más remota edad y las que, por la fusión de unas y otras, verificada por la invasión y la guerra, les sucedieron, y encontraréis características diferencias marcadas siempre en ventaja de las posteriores sobre las que les hubieron precedido. Fijaos igualmente en el paulatino desenvolvimiento de la actividad humana, desde el hombre errante y solitario hasta el troglodita, y desde el habitador de las cavernas hasta el hombre industrial y artista—cualidades comprobadas por el descubrimiento en terrenos cuaternarios, de grabados y esculturas, y de instrumentos de piedra primorosamente pulimentados—y observaréis que la lucha por la existencia, que comienza en la prehistoria del género humano ha sido, en verdad, el medio que ha encadenado los tipos de un orden inferior con los de otro superior, en su marcha progresiva y lenta hacia la actual civilización.

Y conforme á la mencionada teoría, las sociedades han evolucionado del propio modo. Los factores de progreso que han asegurado la existencia de grandes pueblos no hubieran tenido fecundo desarrollo, si el ejercicio de su actividad no les hubiese procurado los medios para repeler constantes agresiones. De la misma manera que los seres orgánicos, las sociedades han venido á constituir tipos superiores en virtud del aniquilamiento de los de orden inferior; la conquista, como la forma más general de la composición de los organismos sociales, ha traído por consecuencia la absorción de pequeñas agrupaciones por otras mas grandes; y al cabo de siglos de guerra entre tribus, entre razas, entre naciones, la cultura ha impuesto una tregua á ese estado de incesante hostilidad.

Si, pues, la lucha intersocial ha sido el medio para que evolucionen las sociedades, sin dejar de reconocer este hecho, no hemos de tomar ese medio como fin de la evolución. "Reconociendo que debemos á la guerra la formación de las grandes sociedades y el desarrollo de sus órganos—dice Spencer—podemos, sin embargo, deducir que las fuerzas adquiridas, aplicables á otras funciones sociales, perderán su misión primera. Si concedemos que sin aquellas sangrientas y continuas luchas no hubieran podido formarse las sociedades civilizadas, y que este estado debía necesariamente producir una forma apropiada del carácter del hombre, con tanta ferocidad como inteligencia, tenemos al mismo tiempo el derecho de afirmar que, una vez producidas tales sociedades, la brutalidad del carácter de las unidades sociales, que fué condición necesaria de su formación, desaparecerá."

*
* *
*

La digresión, si tal os parece, en que acabo de incurrir, conviene á mi intento de investigar si el actual tipo social civilizado es ó no estable; pues de saber cómo han evolucionado las sociedades, únicamente es que podemos

deducir si han echado raíces en ellas, vicios de antiguas civilizaciones condenadas ya por la historia, es decir por el criterio de una nueva civilización; de conocer la causa fundamental del desarrollo de la sociedad humana, hemos de partir, para convencernos de que las influencias que inducen al hombre de este siglo á la determinación de sus actos no proceden de un grado de cultura, para lograr el cual haya depuesto las inclinaciones de su egocismo.

De las sociedades primitivas fué el entender el bien público como fin meramente secundario, fundando la cooperación de los asociados no en otro móvil que en el de mirar cada cual por su propio y exclusivo bienestar; y hoy el sentido más generalizado de los fines sociales se adapta sino á la misma, por lo menos á una idea semejante: de organismos sociales rudimentarios fueron consecuencias la esclavitud y la servidumbre, y los esclavos y los siervos cultivaban las tierras y servían para aquellos menesteres en los que, sin rebajar de su categoría, no podían fijar la atención los guerreros, los sacerdotes, los consejeros de gobierno; y hoy subsisten estados de cosas que permiten entrever que la esclavitud y la servidumbre han cambiado de forma pero no se han borrado de los códigos de una moral de convencionalismo: de civilizaciones antiguas fueron rasgos peculiares las hondas divisiones entre los varios agregados homogéneos que constituían la sociedad; y hoy los privilegios de casta, los fueros de la encumbrada posición política, las primacías de la riqueza se manifiestan con tan rudas acentuaciones, que nos acercan á la época del feudalismo: de civilizaciones que caducaron fué el considerar á la mujer como cosa; y la actual civilización la mantiene aún á tan inferior nivel, respecto del hombre, que los preceptos del honor, de la moral, pueden aplicarse para éste con tanta elasticidad, como con severa rigidez para aquella: de civilizaciones que dejaron de ser fué el educar á las clases elevadas para todas las funciones importantes de la vida social, y relegar á completa postergación á las clases humildes; y hoy el jornalero, el cultivador de

los campos, el artesano, el menestral, hacen la vía crucis de su existencia, sin saber de otra cosa que de las pasiones brutales con cuyo acicate se gobiernan, sin saborear jamás el dulce fruto de la fraternidad humana, sin que les alumbren los destellos del bien, en cuyo nombre se les somete á la ley, sin que de la justicia sepan sino lo que de los grandes principios fundamentales de la vida social les enseñe su apagada razón.

Es por ello, señores, es para la abolición de estas preocupaciones á las que no ha escapado la humanidad, que surgen de la informe masa del pueblo esos vengadores de conciencia irritada por largo sufrimiento, que quisieran demoler el edificio social, siquiera no fuese sino para revolverlo todo; es para la abolición de esos rezagos de viejas civilizaciones, de las que no se han redimido los pueblos todavía, que brotan desde el montón anónimo aquellos ejecutores de misteriosas venganzas consumadas contra la sociedad en las personas de quienes la representan.

¿Verdad, señores, que el tipo social en quien simbolizamos las grandes cualidades y los grandes defectos de la civilización presente, aparece deforme, de líneas confusas, indistintas, mezcla de virtudes y de vicios? Empero, ¿cómo ha de lograrse, supuesta la humana condición, que en el tipo de la civilización del porvenir se acrecienten las cualidades y se desarraiguen los defectos? No soy yo quien ha de contestaros; pues en punto al imperio de las pasiones, limítome á no aceptar ni la teoría filosófica que las conceptúa malas por sí mismas, ni aquella otra que las reputa por sí mismas buenas, sino que hállome convencido del absoluto predominio que sabría ejercer la voluntad convenientemente disciplinada bajo el gobierno de la razón. Y son los moralistas, los educadores modernos, quienes afirman que aquella de las facultades humanas, en la que reside la determinación de obrar el bien como de obrar el mal, puede disciplinarse hasta un grado en que opte siempre por lo primero y condene lo segundo.

*
* *

Ocupémonos ya con los propósitos de la nueva educación. Dice Fichte que esta "consistirá esencialmente en aniquilar la libertad de la voluntad para sustituirla, por completo, por la necesidad de las determinaciones y la imposibilidad de escojer la determinación contraria," y añade: "No cabe confiarse y abandonarse seguramente sino á una voluntad así formada."

Sea cualquiera la combinación de los elementos esenciales de un acto humano, es decir, sea que los sentimientos desfiguren nuestras ideas, ó que estas prevalezcan ordenando aquellos hacia fines que la razón promueva, el hecho es que, desde el punto de vista de la moral, la inteligencia y la voluntad no pueden obrar con absoluta independencia una de otra. De aquí el error de la escuela que atribuye exclusivamente á la primera de aquellas facultades, la capacidad de ordenar las acciones del hombre hacia el bien ó hacia el mal, y de aquí, no menos, el error de esotra escuela, á esta antagónica, que considera á la voluntad como el único factor en las determinaciones.

Sin entrar en la disquisición de los problemas psicológicos que este asunto comporta, pues no es ese mi empeño, me limitaré á asentir el concepto de voluntad, según la define esa novísima rama de la filosofía que estudia la fisiología del espíritu: "La voluntad es un simple estado mental homogéneo que forma el eslabón entre el sentimiento y las acciones."

Siendo, pues, tal el concepto de voluntad, ¿podrá la nueva educación dotar al hombre de una voluntad firme de obrar el bien, como se propone? O en otros términos: ¿podrá crear en el hombre un estado mental homogéneo que eslabone sus sentimientos y sus acciones, teniendo por fin único el bien?

La filosofía Kantiana que á la voluntad atribuye la propiedad inmanente de ser buena en sí misma, no puede sostenerse, porque en siendo buena en sí misma la

voluntad, no existiría en el hombre la conciencia del bien y del mal; y es un hecho que nos hallamos convencidos de la existencia de esos principios. Es igualmente un hecho que la conciencia es "un producto consolidado de multitud de experiencias recibidas por nuestros antepasados, y de otras añadidas á ellas en nosotros;" y puesto que la conciencia ha evolucionado desde las más simples experiencias hasta el grado más complejo de ellas, el ideal de la educación moderna, bien lejos de ser un absurdo, como asegurarlo querrían los partidarios de la antigua educación, es en un todo posible, porque no se promete otra cosa que formar en el discípulo, mediante la propia actividad de su espíritu que, puesto en ejercicio, iría acumulando series de experiencias por él mismo recibidas, estados perfectamente definidos de conciencia.

¿Puede la voluntad inclinarse hacia aquello que no ama? Jamás; pues el amor es el principal resorte de sus determinaciones. De aquí arranca el principio de la educación del hombre social, conforme al cual principio nada puede amar el hombre tanto como su bienestar material; y ese principio que pudiera relajar los lazos de la sociedad, si no parase el hombre en medios para obtener ese bienestar, se ha subordinado á este otro: de ninguna manera puédese alcanzar mejor el bienestar material del individuo, que mediante la vida social que procura mutuos auxilios á los asociados, auxilios de los que veríanse privados en confiándose á sí propios. De fomentar ese amor al bien individual, fácilmente conquistable en la sociedad, se ha venido á admitir que es necesario se interesasen los hombres por el bien común; y por el bien común así comprendido, como fuente del bienestar material del individuo, se han establecido restricciones al interés particular asegurándolas con el temor del castigo que las leyes infligen. Amar el bien desde el punto de vista del interés particular, no es amar el bien por el bien mismo, único amor en que se complace la mente, por cierto, para aquellos escojidos de la humanidad que viven la vida del espíritu antes que la de la comodidad material.

Y esto es, señores, lo que la nueva educación tiene de á conseguir: amar el bien por ser bien, abstracción hecha de la utilidad que con ello se nos reportaría. Necesita, pues, predisponer al hombre para esa íntima complacencia que de obrar el bien emana.

¿Cuál es, pues, su sistema?

A diferencia de la educación antigua que no ejercitaba sino la memoria del discípulo, en vez de hacer de ella el instrumento del espíritu, la nueva ejercita las facultades cognoscitivas y volitivas, de manera que la actividad espiritual del alumno sea la que le ponga en relación directa con el objeto de sus conocimientos. Se trata de que el amor al estudio, reemplace á aquellos otros móviles—la recompensa y el castigo—usados antes para vencer la natural repugnancia del estudiante á representar un papel completamente pasivo; se trata de que el placer de estudiar, por instruírse simplemente, placer de orden secundario y que se experimenta por añadidura á un placer mayor, cual es el que sentimos cuando debemos á nuestra propia actividad intelectual las imágenes de las cosas y la relación entre esas imágenes, sustituya á aquellos estímulos de la antigua enseñanza, que despertaban en los educandos los sentimientos egoístas, presentándoles como fin de la educación, la aptitud en que se encontrarían en lo porvenir, para alcanzar honores, para conllevar la vida, para disfrutar del bienestar material, en poseyendo cierto grado de conocimientos; se trata de que los principios de la moral social é individual, descubiertos por el discípulo, mediante su actividad, y que una vez descubiertos de ese modo, grabados quedan para siempre en su mente, esculpidos más bien, porque el descubrirlos y conocerlos va acompañado del placer que su conocimiento le causara, reemplace al viejo sistema de estereotiparlos en la memoria, para echar mano de ellos en cada paso de la vida, como se echa mano del sombrero con que hemos de cubrir la cabeza para mostrarnos en la calle, cual cumple á la costumbre; se trata, por fin, de que el alumno, lejos de hallarse en plena libertad de amoldar su conducta á las ex-

hortaciones en pro del bien, tenga el sentimiento del bien, consigo mismo connaturalizado.

Pero oigamos á Fichte: "Esta satisfacción interior es la que la educación nueva deberá proporcionar de un modo absoluto á sus alumnos, y á su vez la satisfacción interior derivada de ese sentimiento, creará en el discípulo una voluntad firme, irrevocablemente dirigida hacia el bien. . . ." "Para que ese contentamiento interior nos incite á realizar un acto que todavía no existe, es necesario de antemano producir en el espíritu cierta representación de ese acto, de la cual nacerá el ideal de contentamiento interior que ha de decidirnos á realizar el acto que entonces comprenderemos en todo su valor. Se mejante contentamiento supone, pues, la facultad de esbozar esas representaciones antes de realizarlas, con lo cual vendrán á ser, no copias de la realidad presente, sino prototipos de lo que hemos de realizar: realidades futuras. . . ." "He dicho que se trata de crear imágenes por la propia actividad personal; es decir, que el discípulo no debe limitarse á recibir pasivamente las imágenes que el educador presenta á su espíritu, y comprenderlas y reproducirlas tales como se le ofrece. No se trata de tener una representación cualquiera, sino de que se forme mediante la actividad personal, porque sólo la imagen así formada, podrá provocar un contentamiento que trascienda á la acción. Dejarse arrastrar por un objeto sin tener nada que oponerle, es un papel demasiado pasivo, muy diferente de ese contentamiento íntimo y creador que excita todas nuestras fuerzas á realizar la imagen."

Dos razones hay para inferir que la complacencia del discípulo despierte y le lleve á ejercitar su actividad espiritual. Es la primera, la de haber creado una imagen que, como tal imagen le recree la mente y le disponga á la investigación de la realidad imaginada, como también á formar otras imágenes sobre distintos objetos; y la segunda es la de encontrar junto á esa imagen, el signo de su poder imaginativo, cuya función, mediante la actividad de su espíritu, ha de causarle sin duda la in-

comparable, gratísima sensación de quien produce una obra exclusivamente suya, por él creada; y es muy lógico deducir, que entre aquellas dos causas de complacencia, de contentamiento interior, más viva emoción corresponderá á la segunda, viniendo la primera á lugar secundario.

No hay, pues, inconveniente alguno en admitir la posibilidad de este sistema; antes bien es claramente admisible que, de experiencia en experiencia, el alumno, bajo la acuciosa vigilancia del educador, ha de ir descubriendo, con un continuado ejercicio, las reglas mismas á las que su facultad espiritual de imaginar deba sujetarse, para que la actividad, mientras de mejor modo encaminada sea, le ofrezca más íntima satisfacción. Y una vez que se encuentre en posesión de esas reglas, una vez que le sean conocidas, no hará cosa alguna que no se conforme á ellas.

Volvamos á las citas de Fichte. “El primer problema del arte educativo es, por tanto, respetar la actividad del sujeto con respecto á un objeto; y si lo logramos, tan sólo nos restará mantener en la vida real la actividad así despertada, lo cual no será posible sino mediante un progreso regular y continuo, porque toda falta en la educación, se ha de traducir al punto por un fracaso....” “La nueva educación dará el conocimiento de las leyes que rigen toda posible manifestación de la actividad del espíritu humano; verbigracia, si el discípulo imagina limitar un espacio por líneas rectas entrará en ejercicio desde luego su actividad espiritual, y cuando en este ensayo advierta que no puede cerrarse un espacio dado con menos de tres líneas rectas, esta noción, aunque llegada en segundo término, será, no obstante, el producto de una actividad superior, la de la facultad de conocer, que dicta á la facultad libre, puesta en ejercicio antes, en qué límites debe moverse. Esta educación nos elevará, pues, de primera intención, á las nociones que dominan toda experiencia y son suprasensibles, absolutamente necesarias y universales, base de todos los conocimientos empíricos.”

*
* *

Nos falta aún saber cómo ha de sustraerse al alumno del medio ambiente creado por el actual estado de cosas, medio ambiente cuyas influencias harían imposible la nueva educación, puesto que en aquél despertarían los estímulos de la vida, al impulso de las necesidades materiales que se cuidaría de satisfacer, ante todo, encaminando á ello los arbitrios de su voluntad y de su inteligencia.

La fundación de verdaderas colonias escolares—según Fichte—es el medio único para evitar que entre el alumno y la sociedad actual haya ni un sólo punto de contacto; y puesto que la educación quiera conseguir sus propósitos, bajo su absoluto dominio ha de hallarse el discípulo, de principio á fin. Dichas colonias se organizarían como comunidades independientes en las que el principio del orden social presente siempre á la imaginación de los niños, excitaría su actividad y se les representaría con signos clarísimos que, al cabo, se habrían de traducir por el conocimiento de sus leyes fundamentales. Del mismo modo que el orden social se les representaría originado en la naturaleza de las cosas y en las leyes de la razón, la imagen del orden moral cuya representación procurarían los educadores cuando la aptitud del alumno fuese ya reconocida para la percepción de estas ideas, quedaría tan profundamente arraigada en el espíritu, que no podría menos de ajustar á ella su conducta en la vida real, por el hecho de no comprender ese orden moral, de modo diferente á aquel que su propia actividad hubiera desde tiempo atrás descubierto y practicado; por el hecho de llevar la concepción de este orden moral, el sello, si me es permitido decirlo, del espíritu del discípulo.

Mas, no solamente el desarrollo de las facultades del espíritu es lo que fomentaría la nueva educación: también se ejercitarían las fuerzas físicas, ordenando este ejercicio al bien de la comunidad escolar. El trabajo mecánico en el laboreo del campo, ú otros trabajos se-

mejantes serían hechos en beneficio de la colonia, inspirándose el alumno en la idea de que, el trabajar para la sociedad lleva consigo la recompensa del placer de pagarle poco de lo mucho que se le debe.

*
* *

Dos son, pues, los fines principales de la nueva educación, sirviendo el primero de ellos, de medio para el segundo. Es el uno el de colocar al hombre en un grado de cultura intelectual que le permita adquirir por sí propio las nociones más elevadas de las cosas, mediante un ejercicio superior y filosófico de su facultad cognoscitiva, ejercicio que, asegurado como está por una irresistible tendencia de la actividad espiritual, mantendrá al alumno en feliz disposición para acercarse siempre á la verdad en sus investigaciones, viniendo por este modo á la percepción clara del orden que debe presidir la vida humana. Y es el segundo, el fin principal, al que el anterior sirve de medio, el amor que le impulsa á ejercitar permanentemente la actividad de su espíritu, amor que reposa en la ley de esa actividad, en sí misma considerada, más no en móvil alguno de bienestar material.

Suprimid en el hombre el egoísmo; pensad que no hará, educado que sea para el porvenir, de tan baja pasión el instrumento de la actividad de sus facultades intelectuales y morales, y habréis visto que la elevación de su persona, le repone en todo el esplendor de la dignidad humana.

*
* *

Tales son, señores, en su más reducido compendio, los ideales de la nueva educación que, como os dije al comenzar, se propone reconstituír moralmente al hombre, y establecer un tipo de cultura que ya no cambie, sino QUE SEA, sin poder ser de otro modo.

¿Pero tan nobles ideales vendrán á realizarse? El espíritu conservador de las sociedades, apegadas á sus formas tradicionales; sus ideas y sentimientos adaptados

al régimen bajo cuyo imperio se desarrollaron; la tendencia á la quietud, cuando las luchas intersociales han cesado, y con ellas la fecunda actividad de los organismos políticos; la repugnancia á las innovaciones en usos y costumbres mantenidas durante largas épocas, hasta producir la rigidez en la estructura social; la protesta de los que vean amenazados sus derechos á la herencia de la posición y del título; la desesperanza de los que confiaron á las promesas de las ciencias, algo de felicidad en la vida, felicidad que no ha tomado puesto entre los hombres, digo, ¿no terminarán por malograr tan gratos empeños?

¿O, por el contrario, triunfará la capacidad de aquellos nuevos elementos que la educación se promete, sangre purísima que discurriría por las arterias del cuerpo social, llevando glóbulos de altruísmo para los egoístas, de ventura para los malaventurados, de tolerancia para los intransigentes, de concordia para los rencorosos, de justicia y probidad para los injustos, de veracidad para los engañadores, de abnegación para el amigo, para el patriota, para el mandatario, de lealtad para el político, para el hombre de Estado, de rectitud para el superior y de vivo sentido del deber para el inferior, de mansedumbre para el fuerte, de entereza para el débil, de generosos sentimientos para todos? ¿Triunfará la aptitud de esos renuevos de hombres, sávia vigorosa que robustecería el árbol enfermizo á cuya sombra no puede aún acogerse la fraternidad humana?

Oh! vosotros jóvenes de intelectualidad brillante y de ánimo generoso, vosotros en quienes no han prendido aún los desengaños de la vida, vosotros que alentáis la fe en los nobles ideales; vosotros debéis ser los esforzados combatientes que, la mirada en el porvenir, nos hagáis ver cómo las esperanzas no mueren, cómo las grandes iniciativas se tornan en halagadoras realidades.

Os cumple, pues, descorrer el velo del futuro y convencernos de que la obra de nuestro mejoramiento social, á vosotros sea debida!

He concluído, señores.